

SIN ESTRATEGIA PARA EL AMOR

PUCKING SWEET

CROSS
BOOKS

EMILY RATH

PUCKING SWEET

EMILY RATH

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Pucking Sweet*
© del texto: Emily Rath
Publicado de acuerdo con Jabberwocky Literary Agency, Inc., a través de
International Editors & Yáñez Co., S. L.

© de la traducción: Ana Navalón, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2025
ISBN: 978-84-08-29952-3
Depósito legal: B. 5.332-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma
sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

1

Poppy

—Ey, Poppy, creo que tienes que ver esto...

Levanto la cabeza de la pantalla del portátil con un movimiento brusco para mirar el teléfono móvil que me tiende la chica que lleva las redes sociales. Claribel Ortiz es la primera persona que he contratado de manera oficial en mi nuevo puesto de directora de relaciones públicas para los Rays de Jacksonville. Puede que tenga el mismo encanto que un cuervo negro cabreado, con ese delineado extremo de niña gótica y el pelo teñido de negro, pero es un genio. Además, trabaja detrás de la cámara, no delante.

A mí, personalmente, me gusta esa actitud fiera que tiene. Ahora mismo, dedicarse al marketing en las redes sociales es como luchar contra una hidra. Cada vez que matas al algoritmo y empiezas a ver los resultados del éxito, al maldito bicho le salen tres cabezas más y tienes que volver a empezar.

Y ahí es donde entra Claribel.

En poco tiempo, la tía se ha convertido en el Hércules personal de los Rays. Es aguda e ingeniosa a la hora de crear contenido. Nada de lo que se le ocurre resulta aburrido o manido. No mata las tendencias a porrazos, sino que juega con ellas. En cuestión de semanas, su equipo se ha encargado de todas nuestras nuevas cuentas oficiales en la NHL y las ha convertido en máquinas de contenido. Las visualiza-

ciones no hacen más que subir y cada vez tenemos más seguidores; justo a tiempo para el primer partido de la temporada.

Durante los últimos meses, he aprendido que Claribel tiene dos estados de ánimo: modo soso y modo odio. Así que me perturba un poco descubrir un tercero. Ahora mismo casi parece que... ¿se está divirtiendo?

—¿Qué pasa? —pregunto con cautela mientras acepto el teléfono—. Ay, cielos, por favor, no me digas que es otra vez lo de los dichosos globos.

—No tiene nada que ver.

—Gracias a Dios por su misericordia.

La semana pasada, inauguramos el rink de entrenamiento y pusimos dos arcos enormes de globos fuera de las instalaciones para celebrarlo. En pocas horas, se nos plantaron ahí todos los grupos de activistas en contra del cambio climático de la ciudad para echarnos en cara que los Rays de Jacksonville son un peligro para el medioambiente.

El equipo de Claribel ha estado echando horas extras para mostrar en las redes sociales todos los aspectos de las instalaciones que respetan el medioambiente.

Pero, sin duda, esto no es por los globos.

—Oh, no. —Desbloqueo la pantalla con el pulgar. Voy frunciendo cada vez más el ceño conforme voy pasando las fotos. La mayoría están pixeladas, pero no hay duda de lo que estoy viendo: mujeres en bikini bailando, hombres repantingados con los ojos vidriosos y alcohol corriendo a raudales. Resoplo y me aparto la cola de caballo del hombro—: ¿En serio? Parece que están en un videoclip de Pitbull.

Claribel levanta una ceja oscura.

—No habría dicho que te gusta el perreo, jefa.

La miro por encima del teléfono.

—No dejes que las perlas y el pintaúñas te engañen, señorita Claribel. Soy una mujer de mundo.

Hay que ser dura para trabajar en relaciones públicas. Hay que ser aún más dura para trabajar en un campo dominado por hombres como la Liga Nacional de Hockey. Quizá te parezco un gatito, pero me apellido St. James y tengo a la

espalda la reputación de una firma de relaciones públicas internacional, así que soy un tigre.

Claribel es la única persona a la que no le intimidan los contactos de mi familia o mi estilo de hacer negocios en modo tiburón. Esa solo es una de las razones por las que me gusta trabajar con ella. Se cruza de brazos y, con las largas uñas negras, se da unos golpecitos en el bíceps mientras me observa.

—Déjame adivinar... ¿Eres una chica de hermandad? —Sonríe y vuelvo a mirar el móvil—. Sí, me juego el cuello a que tenías dominados a los pijos de las fraternidades —me provoca.

Se me borra la sonrisa cuando me doy cuenta de que en todas las fotos aparece el mismo tío. Reconocería esa cara tan guapa que da rabia en cualquier parte: la mandíbula cincelada, los ojos serios, la mueca de confianza en sí mismo. Es Lukas Novikov, el defensa estrella de los Rays de Jacksonville. Tiene el pelo castaño claro enmarañado y un leve reguero de pecas por la pálida piel de las mejillas y la nariz, la cual se ha roto por lo menos una vez, a juzgar por el bultito que tiene en el puente. Con un aire casual, les pasa un brazo lleno de tatuajes coloridos a varias chicas, una detrás de otra. En todas las fotos parece aburrido y petulante, como si fuera inalcanzable.

Pero yo sé la verdad: es demasiado alcanzable.

Lukas Novikov es una pesadilla con patas a nivel de relaciones públicas: fiestas constantes, una cantera de tías inagotable, lo hostil que es con los periodistas después de los partidos. Si no fuera uno de los mejores jugadores de la Liga, ya no tendría trabajo, pero lo he visto en acción. Golpea como un tren de mercancías y lucha como un oso. Sería fácil meterlo en el saco de los matones idiotas si no fuera uno de los defensas que más goles mete. No es solo que asista en los disparos a puerta, es que también los hace. Vale los siete millones de dólares anuales que le pagan los Rays... cuando está sobre el hielo.

Fuera de la pista, solo es un grano en el culo. Ni siquiera ha empezado la temporada y ya estoy deseando que lo transfieran, pero esa decisión no me corresponde a mí. No puedo elegir las cartas con las que tengo que jugar. Mi trabajo es encontrar una forma de ganar con las bazas que me han tocado.

Novikov es impredecible como un comodín que no sabes dónde encajar. Cuando los Bruins anunciaron que lo traspasaban a los Rays, su jefa de relaciones públicas me envió su expediente; era un tochaco. Dentro del sobre de manila había un pósito rosa en el que ponía: «Ahora es problema tuyo». Estoy segura de que se fue despollada al bar más cercano e invitó a todo el mundo a una ronda para celebrarlo.

¡Como si no tuviera yo ya suficientes problemas! Intento construir de cero la reputación de un equipo de hockey masculino. ¿Los jugadores se creen de verdad que eso es coser y cantar? Con el actual panorama político y social, a los equipos deportivos los miran con lupa a todas horas. Si la gente está dispuesta a coger las antorchas y las horcas solo por un arco de globos, ¿qué no le harán al putero borracho que tenemos por defensa? Que, para más inri, se pasa todos los segundos que no está en el hielo con la mano metida en el escote de una *puck bunny* diferente.

Levanto la cabeza para mirar a Claribel.

—¿Cuándo las han publicado?

—Anoche. Y esta mañana han subido unas cuantas más —añade—. Novikov alquiló la terraza de un bar de copas que da a la playa y celebró una fiestecilla privada.

—¿Cuándo aprenderán?

Le devuelvo el teléfono y sacudo la cabeza con un gesto cansado.

—¿El qué tienen que aprender, jefa?

—Que ya nada es privado.

—Puede serlo si tienes cuidado —puntualiza—, pero está claro que Novikov no lo tiene... o no le importa lo suficiente para tenerlo.

Cierro el portátil, me aparto del escritorio y vuelvo a calzarme los tacones de charol Saint Laurent.

—Vale, Clary-B. Dímelo sin rodeos. ¿Cuáles han sido las repercusiones?

—Más o menos lo que ya esperábamos. Dicen que los Rays son un atajo de juerguistas y mujeriegos. La afición está dividida entre los que dicen que ojalá los hubieran invitado y los que dicen que deberían dar mejor ejemplo para la ciudadanía.

Me pongo en pie, mis tacones son como una armadura.

—¿Novikov ha subido alguna de esas fotos a sus redes sociales?

—No, no ha publicado nada desde que anunció que lo traspasaron de equipo. Al menos, eso es un alivio.

—¿Sabes? Angela Whitney, de los Bruins, ya me advirtió sobre él —le explico mientras guardo el portátil en el bolso—. En cuanto lo anunciaron, me envió un email para concertar una llamada. Aunque yo tenía la esperanza de que, como mínimo, el tipo aguardara a que empezara la temporada para sacar toda la mierda.

—A lo mejor es algo excepcional. Solo está aprovechando los últimos días de verano antes de que empiece la temporada.

—Sí, y quizá solo es un guaperas al que le encanta la juer-ga, que tiene más carisma que sentido común y que está decidido a hacerme el trabajo imposible.

Me cuelgo el pesado bolso al hombro y aprieto el teléfono, que no deja de vibrar, entre los dedos de pulcra manicura. Sea quien sea y necesite lo que necesite, va a tener que esperar.

Claribel me mira mientras yo rodeo el escritorio.

—¿Qué vas a hacer, jefa?

—Pues mira, te lo voy a decir: no le voy a dar a Novikov tanta manga ancha como tenía en Boston. —Cojo la tarjeta de acceso a las instalaciones que cuelga de un gancho junto a la puerta—. ¿Se cree que puede seguir comportándose como se comportaba allí? Pues lo voy a educar.

—¿Le vas a tirar de la correa, Pop?

Me cuelgo la identificación al cuello.

—Si hace falta, sí.

La otra se apoya contra la pared, junto a la puerta.

—¿Vas a decirle que ha sido un «chico malo»? ¿Vas a hacer que se arrastre?

—No me importa lo más mínimo tratar a esos hombres adultos como si fueran unos críos traviesos —contesto, mientras me aparto la coleta del cordel—. Los deportistas ansían seguir órdenes. A veces solo necesitan una mano firme.

—Qué perversa. ¿Puedo mirar?

Paso por su lado y me encojo de hombros.

—Claro.

A ella se le ilumina la cara un poquito.

—¿Puedo grabarlo?

—No.

Cierra la puerta y me sigue por el pasillo.

—¿Y si solo es un audio?

Mis tacones van resonando de camino al ascensor.

—No, Claribel.

—¿Y si saco una foto? —me susurra—. Confía en mí, jefa, no hay nada que ponga más cachonda a una chica que ver a un hombre que se lo merece recibir una buena reprimenda de una superior.

Me río y toco con el pulgar el brillante botón plateado del ascensor. Las puertas se abren y entramos las dos. Odio estos trastos, pero ¿qué le voy a hacer? No voy a subirme cuatro pisos de escaleras cada vez que necesite algo de los jugadores.

Sonrío mientras las puertas se cierran.

—Vale. Una foto. La miramos y luego la borramos.

Mi ayudante vuelve a tener los ojos clavados en el móvil, pero veo que está sonriendo.

—Anotado, jefa.

2

Lukas

Hostia puta, estoy que me salgo. El periodo de pretemporada se me está dando de maravilla. Gracias a la agotadora rutina de cardio que he estado manteniendo todo el verano, ahora soy más rápido que nunca en el hielo.

También más fuerte. Tengo veintiséis años y llevo siete en la NHL, pero no he estado en mejor forma en toda mi vida. Me siento como un toro que acaba de alcanzar su punto álgido.

Como si necesitara que me lo confirmaran, las siguientes palabras que salen de la boca del becario de fisioterapia son:

—Has estado genial ahí fuera, tío.

—Gracias.

—En serio, es muy divertido verte.

Teddy O'Connor está a los pies de la camilla de masaje, me tiene los pies agarrados con las manos y me sacude las piernas. Es algo que siempre me ha ayudado a deshacerme del ácido láctico antes de salir al hielo.

Gruño y echo la cabeza hacia atrás mientras me masajea la pantorrilla izquierda con sus fuertes dedos.

—Dios, qué bueno eres. —Siento que se me relaja el cuerpo—. ¿Qué hace falta para convencerte de que vengas a mi casa a hacer esto todas las noches?

Teddy se detiene.

—¡Novy, deja de tirarles la caña a mis becarios! —grita el

doctor Avery desde la camilla de al lado. Está ocupado con Langley, uno de los jóvenes aleros. No sé por qué, pero este médico siempre me hace apretar los dientes. El tío es un puto gilipollas.

—No le hagas caso, Osito Teddy —me burlo—. Ya sabes que tengo el dinero suficiente, ¿verdad? Haré que valga la pena. —Le guiño un ojo, un gesto asqueroso para que tanto Langley como Avery puedan verlo.

Teddy se ríe.

—Claro, Nov. ¿Por qué no nos vamos a vivir juntos durante toda la temporada? Puedo dormir en el sofá y prepararte la avena por las mañanas, ya que estamos.

—Me parece buen plan.

Él sonríe.

—Guay. Cobro mil dólares la noche. —Suelto una carcajada, pero más bien me sale como un gruñido, porque justo me clava los pulgares en el sóleo—. Ey, acabas de decirme que tienes el dinero, ¿no?

—No me tientes, colega. Eres muy bueno. Tienes muchísima mejor técnica que Avery, que en lugar de dedos tiene salchichas.

El aludido masculla algo por lo bajini, mientras Teddy infla el pecho un poco; le ha gustado mucho mi cumplido.

—Vale, tío. Yo ya no puedo hacer más —dice bajándome la pierna—. Cuando salgas del hielo, vete quince o veinte minutos a la bici. Pedalea tranquilo y sin prisa.

—¿Tranquilo y sin prisa? ¿Te sabes de memoria mi bio de Tinder?

—Puedo ayudarte a estirar luego, si me necesitas —se ofrece.

—¡Oye, que hay otros veintidós tíos en este equipo! —le grita Avery—. Es hora de salir del culo de Novy, chaval.

Me incorporo y dejo que las piernas cuelguen por el lateral de la camilla.

—Buena suerte ahí fuera hoy —dice Teddy. Habla en voz baja y le flaquea la sonrisa.

Me bajo de un salto y le lanzo mi mejor sonrisilla de confianza.

—Como si la necesitara.

Aunque tiene razón en desearme suerte. En un equipo normal, la pretemporada se suele usar para decidir qué jugadores de la liga inferior completarán la plantilla principal de veintitrés, pero este es el primer año de los Rays de Jacksonville. Ninguno tiene la posición asegurada, ni siquiera yo. Todos los novatos están deseando que les den la oportunidad de brillar y los veteranos están desesperados por seguir siendo relevantes. Espero que el entrenador Johnson esté a punto de anunciar que soy el defensa izquierdo titular de esta temporada.

Creo que lo único que les queda ahora mismo es decidir quién va a patinar a mi derecha. Hay varios candidatos que tienen buena pinta. Jean-Luc Gerard es una leyenda. Jake Compton es una opción segura, sin duda. Llevamos años pisándonos los talones en las clasificaciones de la Liga.

Pero espero con todas mis fuerzas que me pongan a Cole Morrow. Es metódico y confiado, en el hielo es como una bola de cañón. He perdido la cuenta de las patadas que me ha dado a lo largo de los años. Y ya tenemos una jugada que podríamos desempolvar de la época en la que jugamos juntos en la Western Hockey League. Solo fue una temporada, pero cuando empezamos juntos en los Thunderbirds de Seattle, éramos un dúo bien compenetrado.

Langley se baja de un salto de la otra camilla. Solo es un par de dedos más bajo que yo, que mido 1,89, pero él es delantero y yo soy defensa. Él es delgado y rápido, pero yo soy robusto como un árbol.

—¿Estás preparado para el partido amistoso?

—Nací preparado.

—Tú estabas en el Thunder Bay, ¿verdad? ¿Y jugaste en la WHL?

Lo miro con recelo.

—¿Me has buscado en Google, Langers?

—Puede ser.

Me llevo una mano al pecho.

—Oooh, qué conmovedor. ¿También quieres saber mi horóscopo, colega? ¿Mi comida favorita?

Se ríe.

—No finjas que no miraste mis estadísticas en cuanto anunciaron a todos los fichajes.

—Por supuesto que bicheé. Hay que conocer al enemigo, ¿no? Y soy escorpio, por cierto..., aunque no me lo hayas preguntado.

—Entonces, ¿ahora soy tu enemigo? ¿De verdad quieres empezar la temporada con un rival en el equipo?

—Oye, a ti te han traspasado de Montreal, Langers. Yo era un Bruin. Echa cuentas. Además, ¿a quién no le gusta un buen *enemies to lovers*?

—Ahórratelo, tío duro. Sé que eres un cacho de pan debajo de todos esos músculos enfadados. Y da igual de dónde vengamos. Ahora los dos estamos en los Rays.

—Se tarda tiempo en superar las rivalidades.

Él se encoge de hombros sin más.

—Para mí no. No me gusta vivir en el pasado. Te propongo una cosa: en el primer partido que juguemos en Montreal, busquemos un buen antro y compartimos un plato de *poutine*. Invito yo. Luego te volveré a apalear con el stick.

Me tiende una mano, pretende que se la estreche. La miro.

—Ah, que te piensas que es así de fácil cortejar a un canadiense. ¿Crees que unas patatas van a hacer que me olvide de la paliza que nos disteis en los playoffs?

—Otras veces me ha funcionado —responde todavía con la mano tendida—. Si la *poutine* no es lo tuyo, te lanzaré una caja de caramelos de jarabe de arce. En cualquier caso, los dos llevamos los colores de los Rays. *Boom*. Mejores amigos para siempre.

Vale, es oficial, me cae bien Langley. Me río y voy a estrecharle la mano, pero me callo cuando veo la expresión de pánico que se le ha dibujado en la cara de repente.

—Oh, oh. —Baja la mano—. Tío, peligro a las seis.

Oigo a mi espalda el leve repiqueteo de unos tacones que vienen directos hacia mí y tenso los hombros.

—Ay, mierda... ¿Es la Barbie relaciones públicas?

—Sip.

—No.

—Viene directa hacia ti, colega.

Gruño.

—¿De qué color lleva la falda?

—Eeeh... —Mira con disimulo a mi espalda para comprobarlo—. Negra.

—Joder.

Eso significa que no me ande con tonterías. Que va a ser el puto funeral de alguien.

Mi compañero me da unas palmaditas en el hombro.

—Viene hambrienta, tío. Va a ser una carnicería.

Miró a mi alrededor para fijarme en todas las salidas, pero siento el momento exacto en que la pava me clava la mirada.

—¿Todavía estoy a tiempo de huir?

—Ni de coña. Lo siento, amigo.

Lo agarro del brazo cuando él intenta largarse.

—Me cago en todo. No me dejes solo.

Él retuerce la muñeca y se zafa de mi agarre.

—Si me quedo, me arrastrará al lío en el que estés metido y prefiero seguir teniendo las pelotas pegadas al cuerpo, gracias.

—Para mí estás muerto —siseo—. Así es como nos convertimos en enemigos.

Langley se ríe y me rodea como una liebre huyendo de un zorro. Solo que, en este caso, el depredador mide 1,58 y, en lugar de garras, lleva las uñas pintadas de rosa.

—Buena suerte superando esta enemistad para llegar a amantes, Judas de mierda —le digo a su espalda con tono áspero.

El crío usa a Teddy como escudo humano y se aleja como un rayo de la directora de relaciones públicas, que se acerca inexorable.

—Yuju, Lukas —me llama Poppy—. Corazón, ¿tienes un minuto para hablar?

Teddy me mira con los ojos desorbitados y, detrás de él, Avery se limita a sonreír con suficiencia. Cabrón arrogante. Lo odio. Respiro hondo e hincho el pecho mientras me doy la vuelta.

Joder. ¿Por qué tiene que ser tan guapa la mayor tocapelotas que he conocido en mi vida? Avanza hacia mí con sus zapatos de tacón bajo y la endiablada falda negra se le ajusta a

las estrechas curvas de las caderas. Lleva la chaqueta desabrochada, lo que deja ver la blusa de seda que lleva debajo y que le marca las tetas respingonas.

«Joder... No le mires las tetas».

Levanto la vista enseguida para centrarme en los rasgos afilados de su rostro. Me mira con esos brillantes ojos azules entrecerrados, mientras la coleta rubia se le sacude de un lado a otro con cada paso que da.

—Poppy St. James en persona, si no lo veo no lo creo —digo mientras se acerca—. ¿A qué debo el honor?

—Ahórrate el peloteo, Lukas. Tenemos que hablar. En privado, si me haces el favor —añade, lanzándole una mirada al personal de fisioterapia. A su espalda, Miércoles Addams me lanza una mirada asesina. Lleva el móvil bien aferrado, con esas manos que más bien parecen garras afiladas.

Avery suelta una risilla y se marcha hacia su despacho, pero el bueno de Teddy no pilla la indirecta.

—Buenos días, señorita St. James —saluda alegre.

La aludida se gira y le lanza una sonrisa deslumbrante.

—Teddy, corazón, ¿cuántas veces te he dicho que me llames Poppy?

Por supuesto, a él sí que lo arrulla como si fuera un ángel.

Él suelta una risilla nerviosa.

—Cierto. Algún día lo recordaré.

—¿Yo también puedo llamarte Poppy? —pregunto.

Cuando se vuelve hacia mí, los rasgos se le afilan aún más. Joder, es aterrador que pueda cambiar de expresión así como así.

—Eso ya lo veremos. ¿Vamos?

Con la mano libre hace un gesto para que eche a andar delante de ella hacia algún lugar privado, pero todo esto ya lo he visto. Este es el momento de la peli de terror en el que el novio musculitos llamado Jason baja solo al sótano. Ni hablar. No voy a morir así.

—Yo estoy bien aquí —me atrevo a decir y cruzo los brazos llenos de tatuajes. Apoyo la cadera contra la camilla—. No hay nada que no puedas decirme delante de mi buen amigo Teddy.

El pobre pasa la mirada del uno al otro, con pinta de que preferiría seguir a Langers hacia la salida más cercana. Veo a Miércoles sonreír detrás de Poppy.

Joder.

Ve el destello en los ojos de la jefa cuando da un paso al frente e invade mi espacio personal.

—Está bien. Pues hablamos aquí. —Suelta el pesado bolso encima de la camilla y se gira para darle la espalda a Teddy y lanzarme a mí una mirada fiera. Me parece muy mona la forma que tiene de estirar el cuello. Le saco más de un palmo, y eso que lleva tacones—. Ve borrando la sonrisa, Lukas. Esto no es una visita de cortesía. Es una reprimenda formal.

¿Estoy sonriendo? Supongo que sí. Carraspeo, me pongo serio y bajo los brazos a los lados.

—Por supuesto. Dame un segundo para que caliente primero, ¿vale? —Me balanceo sobre los talones y roto los hombros—. De acuerdo. Estoy preparado. Pégame, pero en la cara no, ¿vale? Tengo que salir guapo en las fotos de titular.

—Para ti todo es una broma, ¿no? Eres incapaz de tomarte nada en serio: ni tu carrera ni tu reputación y, desde luego, tampoco el prestigio de este equipo.

Me enderezo. Se me está agriando el buen humor.

—Diría que no me conoces...

—Ah, pero es que sí te conozco, Lukas Novikov. Llevo toda la vida lidiando con fanfarrones engreídos como tú. ¿Te crees que no he estado pendiente de tu carrera... dentro y fuera del hielo? ¿Te piensas que no investigo a fondo a todos los jugadores de este equipo y a todos los miembros del personal de apoyo? En el despacho tengo una carpeta entera sobre ti. ¿Quieres saber lo que pone en la primera página?

—Ilumíname.

La tipa endereza los hombros; se está preparando para lanzarme la flecha más afilada que tiene.

—Es una nota personal de tu antigua relaciones públicas en la que pone: «Ahora es problema tuyo».

Mierda. No voy a mentir, eso ha dolido un huevo. No debería ser así. El equipo de relaciones públicas de los Bruins eran un montón de abuelas aburridas, pero las palabras de

Poppy son como si alguien me hubiera cargado contra el pecho sin protección.

—¿Es eso lo que vas a ser, Lukas? ¿Estás decidido a ser mi problema? Porque tengo que decirte, aquí y ahora, que si eso es lo que quieres, vas a acabar muy decepcionado.

Algo oscuro y pesado se me retuerce en las tripas.

—Antes de que me descuartices, ¿por qué no das un paso atrás y me dices cuál es el grave pecado que he cometido?

Ella levanta una ceja y me obliga a recular.

—Vale. ¿Claribel?

Miércoles se coloca a su izquierda y me enseña la pantalla del móvil. Va pasando las imágenes con el pulgar, una tras otra. Son más, en la fiesta de anoche. Si soy sincero, los detalles están un tanto borrosos en mi memoria. Lo único que recuerdo es que estaba en casa aburrido a eso de las nueve en punto y que llamé a los chicos para ir a la azotea esa del bar. No vino ninguno de los casados, por supuesto. Estábamos solo yo y unos cuantos novatos que hicieron bomba de humo poco después y me encasquetaron la cuenta.

En resumen, fue una noche de mierda.

Me río.

—¿En serio? ¿Por eso estás tan cabreada? No fue más que una fiesta privada...

—En la que todas las guarrillas que fueron se hicieron fotos para dar y regalar —chilla Poppy, haciendo un gesto dramático con la mano—. Y luego las subieron en todas las redes sociales y páginas de fans. Ahora toda la ciudad anda diciendo que sois una panda de mujeriegos y juerguistas.

—Vaya. —Me paso la mano por el pelo corto—. No sabía que el equipo directivo estaba compuesto por un grupo de mojigatos. Sabes que se nos permite divertarnos un poco antes de la temporada, ¿verdad? Podemos tener vida privada... ¿O es que acaso lo prohíbe el contrato que he firmado?

—Eso es lo que significa «privada», sí —contraataca—. ¿Te crees que me importa que vayas revoloteando de flor en flor todas las noches?

—Oye, que no es eso lo que hago. Ni siquiera sé revolotear...

—¿Te crees que me molesta ni un ápice que bebas, que salgas de juerga o que desperdicies de algún otro modo tu tiempo libre en los rincones oscuros de bares y discotecas de mala muerte? Me da igual, Lukas. Es tu vida. Haz lo que te dé la gana con ella, pero no salgas en primera plana en las páginas de cotilleos y las webs de fans.

—¿Qué quieres que haga yo? No puedo evitar que las chavalas hagan fotos...

—Sí que puedes —insiste—. Es de primero de relaciones públicas. ¿Quieres dar una fiesta privada en una azotea? De acuerdo, pero que sea privada de verdad. Pon seguratas en las escaleras y que confisquen los móviles. No pueden subir a internet las fotos que no han sacado. En cuanto a tus constantes flirteos, tiene que acabar ya el rollito ese de «coger número» como si fueras el mostrador de un *delicatessen*. Hay una cosita muy útil llamada «acuerdo de confidencialidad». Haz que tus amiguitas lo firmen, a ser posible antes de que se quiten la minifalda. Si tu abogado no tiene ningún modelo, puedo pasarle el que han usado mis clientes.

La miro parpadeando, me chisporrotea el enfado.

—Espera... ¿Qué estás haciendo?

Ella se aparta.

—¿Qué quieres decir?

—Creía que esto era una reprimenda. ¿De verdad me estás aconsejando la mejor forma de celebrar una orgía privada en una terraza?

Al menos tiene la decencia de sonrojarse, pero lo deja pasar haciendo un gesto con la mano.

—Ya te lo he dicho, Lukas. Me da igual lo que hagas. Solo me importa cómo lo haces. Si estás decidido a dedicarte en cuerpo y alma a las juergas durante todos los momentos del día que no estés en el hielo, entonces mi trabajo como tu relaciones públicas es asegurarme de que lo hagas causando el menor daño posible a tu reputación.

La miro fijamente.

—¿Por qué te preocupas tanto por mi puta imagen?

—Porque ahora eres un Ray.

Vuelvo a enfurecerme.

—Ah, ¿así que es así de sencillo?

—Sí, así de sencillo es.

Paso la mirada de ella a Miércoles y a Teddy, que tiene pinta de que preferiría estar en cualquier otro lado.

Poppy suspira y apoya la cadera contra la camilla.

—Mira... No disfruto de esta parte del trabajo, ¿de acuerdo? No me gusta ser la policía de la moral. No se trata de eso. Lo siento si, en mi frustración, te he sonado mojigata... o te he hecho sentir que deberías avergonzarte por tu comportamiento.

—¿Si...? —insisto, con una ceja levantada—. Poppy, también podrías haberme rociado desinfectante. ¿Estás segura de que quieres estar tan cerca de mí? Nunca se sabe, a lo mejor te contagio mi tendencia a la promiscuidad. No me perdonaría haberte pegado esta enfermedad. ¿No te quitan las perlas cuando te unes al club de las chicas malas?

Se hace un pesado silencio entre nosotros, ya que no ha picado el anzuelo.

—¿Has terminado? —me pregunta.

Maldita sea, lleva el pintalabios rosa a juego con las uñas. ¿Por qué me pone tanto? No quiero que esta arpía de relaciones públicas me ponga cachondo. Quiero enfadarme. Cuando acepté jugar al hockey a nivel profesional, no sabía que vigilarían mi comportamiento a todas horas. «No seas tan promiscuo, Lukas». «No rajes de la competencia, Lukas». «No hagas bromas, Lukas». Joder, es agotador. ¿Qué más da a qué me dedique fuera del hielo si soy el mejor en la pista?

Pero siempre se han puesto en este plan en todos los equipos de la Liga. Es como si esperaran que me comportara como un puto santo. Estoy harto de que me peguen en el hocico con el periódico enrollado por atreverme a vivir mi vida bajo mis propios términos. Ya me he cansado de vivir bajo las reglas y restricciones de otras personas. Lukas Novikov tiene personalidad propia, joder. Si quiero follar y beber y salir de fiesta para morir joven, mi relaciones públicas no debería quedarse con el culo torcido, el cual debe de llevar enfundado en una bragas rosas con volantitos. Yo hago mi trabajo y lo hago mejor que casi todos los que están en la Liga. Así que la Barbie relaciones públicas puede dejar de soplarme en la nuca.

Todo esto solo lo pienso, por supuesto. En realidad, no lo digo en voz alta porque llevo años pasando por esto. Así que lo que hago es apretar los dientes y responder:

—Sí, he acabado.

Ella estira el brazo y me da unos golpecitos en el muslo. Me enderezo y bajo la mirada a donde me está tocando, pero ella aparta la mano demasiado rápido. Y luego ella misma se aleja del todo.

—Vamos a empezar de cero —dice mientras se aparta la coleta del hombro. Me juego el cuello a que cuando se lo suelta casi le llega a ese trasero respingón...

«Mierda... No pienses en su culo».

Gruño algo que podría ser la palabra «vale» o quizá solo suena a «grraaale».

Ella me lanza una sonrisa débil.

—No quiero ser tu enemigo, Lukas. Y de verdad que no quiero que seas mi problema. Entre los arcos con globos, los actos benéficos y la maldición del «equipo más nuevo de la NHL», la cual estoy intentando romper, tengo demasiadas cosas entre manos.

—Yo tampoco quiero eso —me oigo admitir.

A ella le vibra el móvil y, al mirarlo, manda la llamada al buzón de voz.

—Entonces, vamos a ver si encontramos otra forma de hacer las cosas bien. Mira, esto es lo que vamos a hacer. Lukas, quiero que trabajes con Claribel.

Vale, tiene que ser coña.

Me aparto de la camilla.

—¿Qué?

—Sí, ¿qué? —repite Miércoles.

—Claribel tiene las habilidades que a ti te faltan —explica Poppy, que se mete entre nosotros para coger su enorme bolso—. Te enseñará el arte de vivir tu vida íntima en privado.

Miércoles tiene cara de que preferiría que la desmembrara una jauría de perros salvajes.

—Yo ya tengo trabajo, jefa. Y no quiero dedicarme a la beneficencia.

—Sí, y a mí ella me asusta un cojón. Sin ofender —añado.

—No pasa nada —dice Miércoles imperturbable—. En realidad, me lo he tomado como un cumplido.

Ahora es Poppy la que gruñe de frustración, mientras hace malabares con el bolso y el móvil, que no deja de vibrar. Está claro que nuestra directora de relaciones públicas está muy solicitada.

—Cielos... Está bien. Lukas, supongo que tendré que ser yo la que se ocupe de ti.

¿Ocuparse de mí? ¿Por qué me ha puesto eso de buen humor? Debería seguir enfadado, sin duda alguna, ¿no? Ofendido, incluso. Y está claro que la tía preferiría hacer *skydiving* en un volcán antes que perder más de su preciado tiempo hablando conmigo.

A lo mejor por eso me pone cachondo... Dios, soy un cabrón.

Sonrío.

—¿Vas a ser mi *sensei* sexual? ¿Vas a enseñarme el arte de echar polvos a escondidas? Porque he de decir, señorita St. James, que me sorprende. Sí que van a quitarte las perlas...

—Lukas, ya te he dicho que te dejes de tonterías. —Se cuelga el pesado bolso al hombro y casi me pega con él, ya que no despega los ojos del móvil en ningún momento—. Ven a mi oficina el lunes a las diez en punto.

—Se me ha ocurrido algo mejor —me burlo, me he puesto de mejor humor ante la idea de hacerle perder el tiempo—. Vamos a quedar por la noche, digamos a las siete en la playa Neptune. Se me ocurre que podemos ir a una marisquería. Con velas en todas las mesas. Muy íntimo... y delicioso. ¿Eres una de esas chicas a las que les gustan las ostras crudas?

Ella baja el teléfono y me mira fijamente. Qué mona esa nariz respingona cuando se enfada.

—No es una cita, Lukas. Esto es trabajo. Ven a mi despacho el lunes por la mañana; si no, le encargaré a Claribel que te pase por encima con la pulidora de hielo.

Le lanzo mi sonrisa más hijoputesca.

—Sí es una cita.